CAPÍTULO VII

I

Así fuimos acercándonos los tres á la edad en que los hijos del recovero, los del amolador y nosotros, habiendo entrado en la época de la mayor edad, tendríamos que hacer la partición del dominio común de la montaña, que como he dicho á usted, nunca había sido dividido hasta entonces. Daba esto mucho en que pensar á nuestra pobre madre. Vareando los castaños nos solía decir: « ¿Quién sabe si éste será aún nuestro de aquí á dos años? No obstante, el padre de mi abuelo fué el que le plantó, y da cada dos años más castañas que carga una mula. » Otras ocasiones sembrando el cercado de maíz ó de patatas, nos decía: « ¿Quién sabe si seremos nosotros los que las cosecharemos? ¡Ha mojado, sin embargo, muchas veces este cercado el sudor de vuestro pobre padre y el mío, desde el año que nos casamos! Y si cada uno recobra lo que es

suyo en la tierra que ha cultivado cuarenta estíos y cuarenta otoños, hay aquí muchos terrones que volverán á los que les han revuelto como se revuelve la cama propia. » Solíanos decir sentándose los domingos al lado de la fuente que ha visto usted allá abajo entre los berros, bajo la piedra abovedada: « ¿Quién sabe si correrá en la primavera que viene del lado de nuestro prado ó del lado del prado de los otros? Vuestro padre, sin embargo, fué el que la encontró un día haciendo un agujero en tierra para plantar un fresno, y él hizo este pilón para recoger el agua á fin de que el ganado pudiese beber al salir de las retamas; él fué el que abrió esas regueras por donde se escapa el agua como de una espumadera, esparciéndose por toda la pendiente de la huerta, yéndose á perder allá abajo en lo hondo entre los mimbres y los juncos. »

Y veíase que esta idea la atormentaba continuamente, y cada vez más, á medida que la época de las particiones se adelantaba como la sombra de esta roca adelanta hacia nuestro pies sin que se la vea marchar.

II

Graciano parecía pensar en esto aun más que ella; pero no era á causa de los castaños, del

campo de cebada ó de la fuente ¡cosas que sólo conocía de nombre. Un rayo de sol en su cuerpo y los pasos ó la voz de Dionisia á su alrededor, era todo lo que necesitaba el pobre muchacho. ¿Qué le importaba el resto del mundo? Amaba á mi madre y á mí también, y he aquí todo. ¡Qué lástima que le hubiera ocurrido aquella desgracia á la edad de ocho años! Hubiera sido un obrero fuerte, un buen labrador; ó bien habría podido tomar un oficio como yo; habría enrojecido y retorcido el hierro sobre el yunque para hacer clavos, llantas para las ruedas de los carros, dientes para los rastrillos, relucientes rejas de arados. Ó bien se habría hecho tejedor, porque tenía gustos afeminados; habría lanzado y vuelto á lanzar la lanzadera durante toda la semana en la cueva debajo de la casa, y el domingo habría bajado con su vara de medir, su rollo de tela gris al hombro á llevar á las mujeres el peso del hilo que habían hilado. Al verle, señor, no se habría dicho que el fuego había extinguido la vista en sus ojos. Eran azules como los de Dionisia, sólo que en ellos no se leía su pensamiento tan profundo; no se veían éstos más que en los extremos de sus labios que eran móviles como sus impresiones, y que estaban un poco tristes, aunque habitualmente sonrientes. Sus facciones eran finas, su

cutis blanco, sus manos pequeñas y delicadas, su cuerpo alto, delgado y un poco encorvado como el de un niño al cual se ha vendado los ojos por diversión, y que tiende sus brazos hacia adelante para apoyarse á tientas y buscar su camino. Agregue usted á esto, señor, que tenía mejor continente y un rostro más gracioso que casi todos los muchachos de la montaña, y que su hablar era tan dulce y tan tembloroso que se habría dicho que oraba ó que daba gracias continuamente. No era nada exigente, señor; permanecía en la piedra de la fuente, ó en el banco de la puerta ó en la raíz del castaño; allí donde le decían que esperase esperaba sin incomodarse nunca. Muchas mujeres habrían podido amarle, créame usted, porque las gusta un niño que no puede separarse de ellas.

III

Por lo que respecta á mí, señor, yo no tenía ni los mismos ojos, ni los mismos cabellos, ni el mismo carácter. Hubiérase dicho que nuestra madre nos había soñado mientras que nos llevaba en su seno de dos maderas diferentes. Él de sauce, yo de abeto. El era flexible como el uno,

yo derecho y sombrío como el otro; yo tenía los cabellos negros como los ojos, el rostro cumplido, el color pálido, las mejillas cubiertas de vello, los labios con más frecuencia cerrados que abiertos; los brazos hechos como para mi trabajo, la mirada casi siempre soñadora, como si hubiera perdido alguna cosa que las estrellas me guardasen, como me decía Dionisia burlándose cariñosamente de mí. En fin, señor, siempre andaba pensativo aunque aun joven.

La compañía no me agradaba tanto como á mi hermano; no estaba contento sino cuando me hallaba solo en mi cantera ó con mi madre, mi hermano, mi hermanita ó Dionisia. Excepto ellos, en cuanta veía pasar á alguno por las orillas de mi cantera, me ponía á silbar para que no me hablase, y en cuanto alguna muchaba en la montaña tomaba un sendero para ir hacia donde yo estaba, yo tomaba otro. Era tan huraño como Dionisia. En la comarca, nos llamaban por burla, á ella la cabrita y á mí el cabrito. Este nombre tuvimos largo tiempo. Nunca, no obstante, Dionisia y yo nos dirigimos una palabra ni más alta ni más baja que otra. La dejaba siempre con mi hermano por compasión á su desgracia. Cuando yo iba al campo, al bosque, al retamar, al lavadero de los corderos con ellos, á él era al que ha-

blaba siempre y nunca á mí. Se hubiera entristecido Dionisia si él hubiera tenido envidia de que una de sus atenciones ó de sus palabras hubieran sido para otro. Se alegraba mucho y se enrojecía un poco cuando al volver yo los sábados por la noche la decía: « Buenas noches, Dionisia. » Pero pasado esto, iba y venía como de ordinario, en la casa, en el patio y alrededor de mi hermano. No tenía ni una palabra, ni un sonido de voz de más para mí que para otro; por el contrario, temblaba más cuando me respondía, como si no tuviera para mí tanta amistad ó familiaridad como para el resto de la familia. Ella evitaba encontrarse sola conmigo. Á pesar de esto, señor, se veía perfectamente que esta turbación de una joven que principia á temerse, no era por causa de mal humor, sino muy al contrario. Graciano decía que estaba Dionisia más alegre y más complaciente el domingo que los demás días y que el día en que yo debía subir lo conocía en su voz.

IV

He aquí, señor, como pasábamos el tiempo. Desde la fiesta de San Juan había yo hecho *un*

descubrimiento, como suele decirse, entre las últimas cabañas y las Huttes, en lo hondo del sendero de los brezos. Era una antigua cantera abandonada, de un asperón de muelas muy fino, tierno como la manteca, franco como el oro y que sonaba como una campana á los golpes del pico. Cuando no estaba ocupado en hacer alguna obra para las cabañas, venía á mi cantera y sacaba piedras y ahuecaba cada día más para encontrar mejores vetas. Dejaba rodar los restos en la profundidad del torrente que va por debajo, de manera que después del trabajo de un par de años, habia concluido por vaciar toda la antigua cantera de estos escombros que se decían amontonados allí desde el tiempo de un pueblo que llaman los romanos. Después habia minado por debajo con la palanca y con la pólvora; habría usted dicho que era obra de gigantes. Habia allí hiladas como escaleras para jambas de dos toesas, bóvedas, grutas en que me hundía como los mineros en sus minas de carbón para buscar granos aun más finos, paredes de rocas amontonadas y abandonadas, altas como las murallas de una ciudad. El fondo de la cantera de donde yo rodaba mis piedras y donde las labraba, era tan profundo cuando se le miraba desde lo alto de los brezos que colgaban sobre sus orillas, que si los pastores tira-

ban un guijarro habia que esperar un momento para oir el ruido. Mi hermano, mi hermanita, mi madre y Dionisia, venían de vez en cuando á verme trabajar. Continuamente se admiraban del destrozo que un sólo hombre con su paciencia y su palanca habia hecho en el esqueleto de la montaña. Algunas veces, cuando el sendero estaba demasiado escurridizo para que pasase mi hermano, Dionisia venia sola á traerme el pan y la leche para mi comida. Poro entonces no se detenia. Colocaba la cesta sobre una gran piedra al pie de la escala de cuerda en que yo estaba casi siempre suspendido contra los costados de la roca; me llamaba desde abajo con voz temblorosa por el miedo, y después se retiraba poniendo la mano delante de los ojos como si se asustase de verme bajar de tan alto.

V

Y allí es donde mejor me hallaba, señor, porque nadie, excepto Dionisia, venía á incomodarme en mi trabajo mirándome y preguntándome, como en las aldeas, esto ó lo otro. El oficio de mi padre me agradaba más que si hubiera sido un oficio más productivo y más inteligente.

Yo me decía: « Haces lo que ha hecho tu padre y acaso con el tiempo lo harás tan bien como él. Si volviese estaría contento por verte haciendo su obra. Además, este oficio no esclaviza como los otros. Se le puede dejar y volver á tomar cuando se quiere. No te impide ni de subir los sábados á la choza para ver á tu madre, á Dionisia y á los animales, ni segar los henos, ni escardar los trigos, ni cavar la montaña, ni varear los árboles con ellos; y aun cuando tú no vendes muy caras tus muelas á los amoladores, á los herreros y á los segadores del país, ganas sin embargo honradamente tu jornal y el pan para tu hermano y para tu hermanita que no pueden trabajar en la casa. » Estos pensamientos me daban valor y no encontraba ya allí pedazos de piedra bastante dura para resistirme.

VI

Por otra parte, señor, yo gustaba del oficio, amaba el hueco de las canteras, el vientre de la montaña, las entrañas secretas de la tierra, como esos marineros que he conocido en Marsella aman las olas, el fondo del mar, la espuma de los escolos; como los pastores aman la costra de las

montañas; como los leñadores desean bañar su hacha húmeda de savia en el tronco hendido de las encinas viejas y de los castaños. Dios ha dado á cada uno su gusto para que tome con placer su oficio. Lo que á mí me ha retenido constantemente en el mío, ha sido el haberlo hecho siempre solo; en él se puede, sin que le incomoden á uno, silbar, cantar, pensar, soñar, rogar á Dios. La obra va adelante bajo la mano, mientras que el corazón y la imaginación van de un lado á otro, adonde quieren. He aquí la satisfacción del oficio de picapedrero.

VII

Y después, señor, es un bonito oficio para el oído. Cuando me pongo de rodillas delante de mi piedra bien escuadrada y colocada sobre dos rodillos de madera que me ayudan á removerla á mi gusto; cuando en un rincón de la cantera, bien al sol en el invierno, bien á la sombra en el verano, me quito mi chaqueta y me arremango, tomo el cincel en la mano izquierda y el mallete en la derecha, y empiezo á ahuecar una ranura ó á redondear una moldura con golpecitos iguales como el agua que cae gota á gota sonando desde

lo alto de la fuente en el pilón, sale de mi piedra, si es buena, una música continuada que adormece el corazón y la cabeza tan dulcemente como el lejano repique del pueblo. Diríase que mi mallete es un badajo, y que mi piedra es la orilla de bronce de una campana. No podrá usted creer cuánto este sonido anima el trabajo. Los soldados necesitan tocar el tambor para animarse en el camino; los marineros cantar para darse fuerzas para tirar de las anclas ó de las jarcias. Nosotros no necesitamos nada de esto, nuestro trabajo se arregla por los golpes del martillo y canta todo eso por nosotros. ¡Ah! Es agradable sonido el de una losa delgada de mármol, de granito ó de asperón, ó el de una pila de piedra blanda ahuecada para recibir el agua y que se ha labrado con el cincel. Parece que ya se oyen resonar los pasos de los hombres piadosos que marcharán por encima y que se prolongarán por las bóvedas murmurantes de una iglesia ó bien que se oye el murmullo de las aguas corrientes que llenarán espumando el pilón en el cual los ganados han de beber.

VIII

Tal vez creerá usted que esta es una vanidad; no digo que no; porque largo ó corto el tiempo no es más que el tiempo. Cuando ha pasado, es ya como si no hubiera sido; pero en fin, vanidad, si usted quiere, es lo que constantemente se experimenta en un oficio cuando se siente cierta alegría al decir; « Esto que estoy haciendo durará aún después de mi muerte. » Los que escriben libros piensan que serán estudiados por ojos que no verán la luz quizá antes de miles de miles de años después. Los carpinteros que hacen armarios y papeleras, se regocijan diciendo : « Si está bien barnizado, bien trabajado, bien seco, esto durará y conservará el sello de mi mano de generación en generación en las casas de los recién casados. » Los que plantan un castaño ó una encina se dicen : « La pepita ó la bellota que siembro, contiene aquí entre mis dos dedos, más vida y más años ocultos bajo sa delgada corteza, que vida y años hay ocultos en todos los hombres que han nacido ó que han de nacer en este vasto país, durante cinco ó seis siglos. Enterrarán sus raíces en esta tierra, horadarán la roca

para extraerla su jugo, darán hojas y sombra en el sitio que les he escogido, después que la sombra de mi cuerpo y la de veinte ó treinta generaciones que hayan nacido de mí, hayan sido barridas de encima de la tierra, como las hojas á sus pies son barridas por el viento de noviembre. » Pero ¿qué es esto en comparación de lo que dura la idea del picapedrero, cuando levanta y baja su mallete sobre su cincel? Decirse : « Este golpe de mi cincel permanecerá marcado en este granito, mientras que la montaña no se funda por sí misma con el fuego del último día de la tierra; esta moldura que ahueco ó que levanto de relieve con mi cincel, esta forma que doy, según mi capricho, á la piedra, no se gastará, no se borrará, no se cambiará jamás mientras que el mundo sea mundo; la impresión de mi voluntad y de mi mano, es la eternidad. Los que aun dentro de mil años no hayan nacido, al ver esta cornisa, esta moldura, esta portada, este zócalo, esta columna, este pilón bajo la fuente en que el agua bulle constantemente se dirán : ¿Quién ha hecho esto? » El mismo Dios atrayendo su tierra hacia él y revolviéndola entre sus manos, en el fin del mundo, para examinarla, dirá viendo estos desgarrones de la cantera en sus montañas y las señales de la herramienta en las

piedras quebradas : « Un insecto ha roído mi tierra, un hombre ha tocado, ha modificado mi elemento. » ¿Piensa usted en esto, señor? ¿No ha de hacer esto al picapedrero feliz en su oficio?

Porque al fin, éste es el de las cosas sin fin. La herrumbre gasta el hierro del herrero; pero el granito ó el pórfido rojo, de los que ve usted pequeños trozos ahí, entre los guijarros de la fuente, ese no se gasta. Dícese que hay en un país que se llama Egipto, montones de piedras labradas tan altos como montañas, sin que se pueda saber ni por qué ni por quién se levantaron estas piedras en forma de gradas unas sobre otras, ni en qué época infinita de tiempo. Los pueblos, los reyes, los sacerdotes, los misterios, las historias, hasta los mismos huesos, se han fundido en la memoria de nuestra especie, todo ha corrido con las aguas de un río que se llama el Nilo, todo ha sido envuelto por esa arena que se llama el desierto; pues bien, sí señor, un soldado que ha vuelto aquí de Egipto y que me ha contado lo que eran esas pirámides, dice que se han encontrado canteras grandes como el lecho del mar, de donde esas piedras labradas fueron sacadas, que se ve aún en las canteras piedras que no están más que á medio serrar por la sierra de los egipcios ó de los gigantes de aquel tiempo, y que él mismo ha

visto sobre un ladrillo de los que revestían estas piedras, la huella del pie y de la mano de uno de los obreros que trabajaban y daban forma á estos monumentos. ¿Es todo esto de aquel tiempo? ¿Y hay muchos reyes ó reinas que hayan dejado en el mundo un rastro de sí tan duradero como ese obrero desconocido?

Pues bien, yo me digo algunas veces, «¡también tú dejas el tuyo sobre tu piedra!» Esto consuela al hombre de su debilidad, ¿no es verdad? Igualmente le hace pensar cuán poca cosa es al lado de ese grano de piedra que salta bajo el martillo y que durará tantos siglos como nuestro polvo; pero esto hace pensar también que el alma del hombre, que es mayor que todo eso, que lo abraza todo, que sobrevive á todo eso, es una magnífica obra de Dios. Y esto conduce á agradecerle, á glorificarle, á bendecirle en la brevedad y en la duración, en la pequeñez y en la magnitud; en todas estas cosas pienso labrando mis muelas. Además, la soledad vuelve curioso. El hombre solo busca la compañía de Dios. Cuando estaba allí, envuelto en el hueco de la montaña, después del medio día, descansando un momento al sol, sin más que mi perrillo acostado en mi chaqueta, mi corazón se elevaba á lo alto, como si tuviera alas; miraba al cielo azul por

encima de los abetos, donde revolotean las águilas, y decía en mi interior al buen Dios: «¿Oíd el ruego del hombre que sube hasta vos desde el hueco de la colina, vos señor, que oís el ruido que hacen las alas de la mosca y la palpitaciones del corazón de esos mosquitos inundados en un rayo de vuestro sol?»

Y luego pensaba en las Huttes, en mi madre, en mi hermano, en Dionisia, en todo en fin. Estaba contento, y también algunas veces me entristecía, y mi madre, cuando entraba en casa me decía: «¿Qué tienes?» Yo la repondía: «No lo sé.» Y á la verdad no lo sabía bien entonces. Sentía como una sombra en mi corazón, que le impedía gozar de su juventud.

IX

Pareciame que Dionisia tenía algún resentimiento contra mí. Cuando yo entraba en casa, ella salía para ir á la fuente ó al establo. Cuando la hablaba contento, no respondía sino con un sí ó un no, como si estuviera impaciente por cortar la conversación. Cuando bromeaba los domingos con ella y con mi hermano, ella no reía con gusto, ó si se reía lo hacía con los labios, pero no con

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

los ojos. Tenia como un pensamiento por ella sólo conocido en el fondo de su mirada; se separaba algunos pasos para ir á coger avellanas ó á recoger vincapervinca á lo largo del barranco. Por el contrario, cuando no estaban más que mi hermanita, mi hermano y ella, yo les oia bromear y reir como en otro tiempo. Un dia que la pregunté por qué estaba tan seria y silenciosa conmigo, y si la habia dado algún disgusto sin saberlo, me dijo que no, que me quería tanto como á los demás, que eran ideas que me forjaba, y en seguida me volvió la espalda, pero sin disgusto. Nos dejó á mi hermano y á mí; subió la escalera del granero del heno, como para ir á echar hierba á los cabritos; pasó allí toda la tarde, y cuando bajó tenia los ojos un poco enrojecidos y dió secretamente su pan á las gallinas por debajo de la mesa, en vez de comérselo, como los demás días, alegremente con nosotros.

X

Al dia siguiente dije á mi madre : « Dionisia me quiere mal; es preciso que yo me ausente de la casa y que vaya á dar una vuelta por Francia.» Mi madre se echó á reir y me dijo : Claudio, tu

eres muy simple para tener diez y nueve años. La pobre muchacha no sabe lo que tiene, ni aun ella misma; pero yo la veo venir de lejos : te quiere mal porque te quiere demasiado bien. Cuando las jóvenes de su edad ríen con los muchachos, es muy mala señal para el matrimonio; pero cuando disimulan, es que quieren que ellos las busquen con buen fin.

— ¡Oh! no, respondí á mi madre; Dionisia no aparenta eso.

— Pues bien, me dijo, finge mañana que te vas á hacer un viaje por Francia, y verás si queda contenta ó disgustada.

— Pues bien, no lo aparentaré, sino que me marcharé de verdad, repliqué ; y me fuí muy triste á sentarme en el brocal del pozo.

XI

Después de cenar, dije á mi madre, á mi hermano y á mi hermanita delante de Dionisia : « Tengo que despedirme de todos, quiero llegar á ser un buen obrero. Mañana antes que sea de día, me voy á dar una vuelta por Francia. » Mi hermano y mi hermana se quedaron disgustados, mi madre me dió delante de ellos el bastón con

puño de cuero incrustado de clavos de cobre, el mandil fino y las herramientas de mi padre. Arreglé mi saco en presencia de ellos. Cuando Dionisia vió que untaba de aceite el cuero de mis zapatos, se fué á la habitación de encima del establo y no volvió. Todo el mundo estaba triste, excepto mi madre, que estaba segura que yo no iría muy lejos

XII

Con todo, al día siguiente por la mañana, partí, como habia dicho, y al pasar por el patio por debajo de la ventana de Dionisia, la grité : « Adiós, Dionisia, » pero nadie me respondió. Entonces pensé : « Preciso es que la haya ofendido mucho, porque me deja partir así, sin aun siquiera desearme buen viaje. » Los pies se me clavaban en tierra bajo su ventana, como si los clavos de mis zapatos se hundieran en la roca. Al fin comencé á descender por el sendero lentamente, sin volverme por temor de sentirme inclinado á volver; las piernas me flaqueaban como las de un hombre ebrio. ¡Ah! no había bebido sino mis lágrimas toda la noche. Tenía una nube ante los ojos; marchaba como á tien-

tias; la tierra me faltaba; habría podido decir que era de noche y no obstante las últimas estrellitas que se esconden al comenzar el día en el fondo del cielo, como las bañistas se hunden en el agua por temor de ser vistas, se hundían detrás de los abetos de la montaña; y el sol, que aun no se veía, nos miraba ya por encima del monte Blanco. Y vea usted, señor, lo que es el hombre; á pesar de mi temblor involuntario y de mis lágrimas, me puse á silbar, para darme valor, un aire de danza como para decirme á mí mismo : « Tú eres más fuerte que tu pena y te burlas de todo. » Si alguien me hubiera encontrado, habría dicho : « He ahí un muchacho que está muy contento y que va de boda. » Pero Dios vería perfectamente otra cosa, si miraba mi pobre corazón.

XIII

Mas un rumor que oí á algunos pasos de mí, en el sendero sobre las hojas secas, hizo acallar mis silbidos. Justamente en el sitio que usted atravesó esta mañana, donde todos los senderos de la montaña se reunen como los arroyos en un lago para salir de las Huttes, y para franquear

el gran barranco que las detiene, donde hay un enorme tronco de castaño podrido, tumbado desde una orilla del torrente á la otra, y que sirve de puente para salir de nuestro terreno, vi alguna cosa que se levantaba del pie de un árbol y que parecía interceptarme el puente. « He ahí uno, dije entre mí, que se levanta bien de madrugada para llevar sus cabras al rocío, ó bien algún mendigo que quizá habrá encontrado todas las puertas de las granjas cerradas, y habrá dormido bajo las ramas. » ¿Pero, qué es lo que yo vi, señor, cuando me aproximé? Reconocí que no era ni lo uno ni lo otro, sino que era Dionisia que apacentaba ya sus cabritos antes de que el día estuviera bastante claro para que los pequeños animales pudiesen distinguir un escaramujo de una vid silvestre, ó un trébol de una cicuta. Mucho me alegré de verla aun una vez, aunque fuera tan dura de corazón como yo creía para mí. Pues bien, señor, usted pensará lo que quiera, pero yo habría dado no sé qué por no encontrarme, como en aquella ocasión, completamente solo delante de ella. Las piernas me temblaban de tal modo que casi no podía ni avanzar ni retroceder. Si hubiera habido otro camino para atravesar el torrente, á derecha ó á izquierda, con seguridad me hubiera vuelto para no tocar su vestido al

pasar, y para no oir una vez más su voz; pero no le había. Fuéme necesario cobrar valor y marchar, como si nada hubiera oído ni visto.

XIV

Al hallarme cerca, levanté la vista que la llevaba baja, y vi á Dionisia que se había puesto derecha delante de mí á la entrada del puente de madera y que me impedía el paso con su cuerpo. Detúveme á seis pasos de ella sin saber lo que esto quería decir, porque ella no tenía costumbre de llevar sus animales tan lejos ni tan de mañana. El corazón se me ensanchaba bajo el pecho, como la fuente bajo las piedras cuando se funden las nieves.

Pero tan pronto como levanté los ojos y sentí su aliento contra mí, viendo la sombra de su cuerpo que el sol arrojaba á mis pies, cambié de modo de pensar y mi cólera se convirtió en compasión.

XV

Estaba desconocida; de tal modo la había cambiado aquella noche pasada el frío de la montaña.

Tenía los pies mojados y temblando sobre la fría hierba que crujía bajo la blanca escarcha. Su vestido negro de lana estaba aplastado y pegado á ella por el rocío. Tenía los cabellos aplastados á un lado de su cabeza, como los de uno que se ha tumbado con ésta sobre el brazo, y por el otro lado se habían escapado de su cofia de blonda negra y todos estaban cubiertos de hojas secas; de pedazos de musgo amarillo, como un cordero que ha atravesado los chaparrales. Grandas ojeras sombreaban sus ojos: se habría dicho que la habían dado una cornada sus cabritos. Bajo sus párpados, una gota de agua colgaba de cada pestaña. ¡Dios mio! me dije. ¿es Dionisia? El corazón se me partía. Traté de abrir los labios para decirla buenos días y adiós, á lo menos sin resentimiento, pero no pude, el pecho se me saltaba. Me quedé quieto, como un fantasma que hubiera salido del bosque, sin poder adelantar ni retroceder, y sin poder hablar.

XVI

Mas Dionisia hizo un movimiento con sus brazos hacia su cuello para quitarse el collar de cinta de terciopelo negro, que no se ponía ordinariamente sino los domingos, y en el extremo del cual colgaba sobre su garganta un pequeño crucifijo de latón dorado, que había heredado de su madre cuando murió. Cogió el crucifijo con las dos manos y alargándole hacia mí sin levantar la cabeza: « Puesto que se marcha usted de las Huttes, Claudio, me dijo con voz que temblaba en sus pálidos labios, hágame usted el favor de llevar con usted, por amor á mí, este pequeño regalo que le hago, y de pensar en mí algunas veces cuando lo encuentre en el fondo de su saco. Usted no me quiere como los demás de la casa. Hace mucho tiempo que lo sé, pero es igual, Claudio. Yo no le quiero á usted menos por esto, y quisiera darle toda la felicidad posible. Tengo aun algunos cuartos en la bolsa de cuero de mi padre, con su taza de plata para probar el vino de los lagares. Tome usted, me dijo, haciendo pasar la bolsa de cuero de sus manos al bolsillo de mi chaqueta con el collar y el crucifijo, yo se lo ruego, Claudio, lleve usted esto también por amor de Dios. »

XVII

Tan trastornado estaba al oir que por la primera vez de nuestra vida me llamaba de *usted*,

y tan sorprendido de ver que mostraba esta amistad en el último momento, después que me había mostrado tanta indiferencia desde hacia más de tres meses, que no sabía ni lo que pensaba, señor. Eché la mano al bolsillo de mi chaqueta para rehusar la bolsa y devolvérselo todo. Mis dedos se encontraron con los suyos. Me dió tal frío en el cuerpo y tal calor en la cara, que no vi más, y temblé con un escalofrío de tal modo que al separar sus dedos de los míos, esforzándome por sacar del bolsillo de mi chaqueta el regalo que ella hacía por mantener guardado, el crucifijo, el collar y la bolsa de cuero cayeron sobre la alta hierba entre los dos.

Por el mismo movimiento y sin reflexión, nos bajamos ambos uno delante de otro arrodillándonos para buscarlos y recogerlos, y nuestras cabezas se encontraron sin buscarse. Una lágrima de ella, caliente como una gota de lluvia de estío, cayó sobre el dorso de mi mano. Conocí perfectamente que no era rocío. « Toma, dije entre mí, todo trastornado, ¿acaso se llora así tan cariñosamente por alguno á quien se ve partir de la casa con placer? » Esto me hizo levantar los ojos sobre los suyos al enderezarnos. Justamente, ella tenía la bolsa y el crucifijo en la punta de sus dedos alargándomelos, y levantó

sus ojos hacia mí rogándome con todo su corazón que los tomase. Hubiera usted dicho que eran dos anchas flores azuladas de vincapervinca de la fuente, cuando al levantar ella su cántaro lleno, dejaba por acaso caer el agua en sus hojas. Me miró con tanta humildad al través de esta lluvia de los ojos, había tal expresión de súplica en su mirada levantada á lo alto, que me puse á llorar también sin saber de qué, y así estuvimos un buen rato uno delante de otro sollozando como tontos, con las manos juntas alrededor de la bolsa y del crucifijo, sin hablarnos, como si hubiéramos sido dos postes.

XVIII

Animándome al fin, la dije, no atreviéndome á llamarla de *tú* como otras veces : « Dionisia, usted no me quiere mal, cuando me da todo esto que la pertenece, y cuando llora porque voy á dar una vuelta por Francia.

— ¡Oh! ya lo creo, me dijo vivamente; pero yo pensaba que era usted, Claudio, el que no me quería, por que no me hablaba con agrado como antes, y que me hallaba de más en la casa. Si yo evitaba á usted, era porque creía que mi presencia le daba disgusto.

— Y yo si me iba, era porque creía que tenía usted rencor contra mí, pero en la actualidad veo que era sólo una idea, puesto que mi primer paso fuera del país ha hecho á usted levantarse tan de mañana y la ha mojado tanto los ojos. No hablemos más, Dionisia, la dije, volviéndola á poner el collar al cuello con mis manos temblorosas. Voy á la cabaña á descolgar el saco de mis herramientas del clavo de la chimenea.

Empezó á saltar con los dos pies juntos, batiendo las palmas en el aire una contra otra y sonriendo con los labios mientras que lloraba con los ojos. Dios mío, qué contentos estábamos por habernos explicado. Subimos hacia la cabaña hablando de unas cosas y otras. Mi madre que había sospechado de todo, salió de detrás de los brezos donde se había ocultado con su pequeñuela. « Tu vuelta por Francia ha concluído, Claudio, me dijo; mi pobre hijo. Tanto mejor, ¡bah! ¿Qué habrías de ir á buscar mejor al extremo de Francia? ¿Pues que os amáis, no valía más decíroslo en seguida? Se os habría casado antes de la cosecha. » Á estas palabras Dionisia y yo nos pusimos colorados. « ¿Nos amamos? nos dijimos muy bajo, sin palabras, sólo con los rostros admirados. »

— Sí hijos míos, dijo nuestra madre, como si

hubiera entendido lo que nos habíamos dicho. Os amáis desde que el manzano tuvo flores. Lo he conocido perfectamente cuando he visto que os separabais el uno del otro, ella para ir al lado del pozo, tú para ir á lo largo de los sauces, ambos solos como dos animales nuevos que se pierden. Cuando el corazón está ligero, no se llevan á él las dos manos. Yo sabía perfectamente que concluiríais por encontraros alguna vez sin buscaros, pues todos los senderos llevan al gran camino. Pero no quería decir nada por temor de que se cayera el fruto antes de sazón y de decir la palabra antes que el corazón. Ahora es necesario casaros, y yo estoy muy contenta porque esto concluirá con todos los negocios entre los parientes y todas las particiones entre las tres cabañas que reclaman los hijos del recovero. Las dos propiedades no serán más que una, asi como vosotros no compondréis más que una casa. ¿No es verdad, Claudio? ¿No es verdad, Dionisia?

No dijimos nada y ni aun nos atrevimos á levantar la vista para mirarnos. Pero continuamos marchando uno detrás de otro hacia la cabaña. Mucha verdad era lo que mi madre había dicho : sin saberlo nos amábamos.